



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

**APUNTES SOBRE LA IDENTIDAD, LA IDENTIFICACIÓN Y EL
NOMBRE PROPIO**

GABRIEL O. PULICE

Apuntes sobre la identidad, la identificación, y el nombre propio

Resumen

La identidad no es de por sí algo inherente al nacimiento biológico del *parlêtre*; al igual que el lenguaje, no viene como parte de ningún equipamiento natural. Su *signature* será más bien una operación que en el inicio depende esencialmente del *Otro*. Su nombre le diferencia de los demás imprimiendo simbólicamente una marca, a partir de la cual su aparato psíquico se irá configurando en un complejo entramado de experiencias que, si todo va bien, pronto le permitirá ejercer el dominio motriz de su cuerpo y —como gran novedad entre los seres vivientes— el uso del lenguaje. Al cabo de un tiempo, podrá reconocer y pronunciar su propio nombre, para participar activamente —ahora sí— en los siguientes pasos hacia la construcción de su identidad. Sin embargo, ese movimiento difícilmente esté liberado de contingencias y tensiones, abriéndose un fuerte interrogante respecto del carácter logrado o meramente ficcional de tal conjugación, entre identidad y nombre propio. Así, resulta oportuno examinar la enigmática distinción establecida desde el inicio del *Seminario IX* por Lacan entre identificación e identidad: «Si en psicoanálisis tenemos que hablar de identificación, es a causa de que no hay identidad» (Lacan, Seminario 9, 15/11/61).

Palabras clave

Identidad; identificación; nombre propio.

Abstract

Notes about identity, identification and proper name

Identity is not in itself something inherent to the biological birth of the *parlêtre*; like language, it does not come as part of any natural equipment. Its signature will rather be an operation that at the beginning depends essentially on the Other. Its name differentiates it from others by

symbolically imprinting a mark, from which its psychic apparatus will gradually be configured into a complex network of experiences that, if all goes well, will soon allow it to exercise motor control over its body and —as a major novelty among living beings— the use of language. After a while, it will be able to recognize and pronounce its own name, to participate actively —now indeed— in the following steps toward the construction of its identity. However, this movement is hardly free from contingencies and tensions, opening a strong question regarding the achievement of the fictional nature of such a conjunction between identity and proper name. Thus, it is appropriate to examine the enigmatic distinction established from the beginning of Seminar IX by Lacan between identification and identity: «If in psychoanalysis we have to speak of identification, it is because there is no identity» (Lacan, Seminar 9, 11/15/61).

Key words

Identity; identification; proper name.

Reseña curricular

Psicoanalista, escritor e investigador. Supervisor clínico. Docente del Doctorado y otras actividades de *Posgrado* en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), y de la *Tecnicatura Universitaria en Acompañamiento Terapéutico*, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente / Expositor en actividades académicas de extensión, grado y posgrado realizadas en diversas universidades de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, España, Estados Unidos, Perú, México y Uruguay. Autor de los libros: *Investigación ◇ Psicoanálisis. El problema de la transmisión, y los límites del lenguaje* (Letra Viva, 2020); *Investigación ◇ Psicoanálisis. Fundamentos Epistémicos y metodológicos* (El diván negro, 2019); *Investigar la subjetividad* (Letra Viva, 2007); *Investigación ◇ Psicoanálisis. De Sherlock Holmes, Peirce y Dupin, a la experiencia freudiana* (Letra Viva, 2000); *Acompañamiento Terapéutico, transferencia y dirección de la cura*, Buenos

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

Aires (2018); *Fundamentos clínicos del Acompañamiento Terapéutico* (2011/2016), participando además en otras numerosas compilaciones y publicaciones de carácter nacional e internacional.

Productor y conductor junto a Florentina Gamarra y Diego Yaiche del programa: *Pulsión de Radio*, que se emite semanalmente en por LA RZ RADIO, perteneciente al GRUPO ZONICA EMISORAS ONLINE – ARGENTINA

Apuntes sobre la identidad, la identificación, y el nombre propio

El nombre propio
El deseo propio
El goce propio
Lo que de mí,
el *Otro* no puede
nombrar

Introducción

— *Identifíquese* —ordena con cortesía el agente de migraciones a un pasajero, en el aeropuerto internacional de cualquier lugar. Acto seguido, el viajante presenta la documentación requerida, aquella que le permite acreditar su identidad para así poder continuar el viaje. No sólo habrá de ser identificado, sino que se verificará también para autorizar la prosecución del viaje que cumpla determinados requisitos relativos a su situación jurídica, sus antecedentes policiales e incluso —según el caso— a su posición económica y social. Su nombre, impreso en el pasaporte o su documento de identidad junto a su foto, su huella digital y una secuencia de números, recorre en unos instantes los infinitos laberintos del ciberespacio a la espera del veredicto final.

— *Pase!*

La escena no fue elegida al azar, y basta repasar las primeras líneas para advertir la heterogeneidad semiótica de los elementos identificatorios enumerados, que habrían de representar unívocamente a esa misma persona: una imagen, una huella, una secuencia de números, y un nombre: su propio nombre. La tecnología de la que disponemos en la actualidad, permite determinar —a partir de ciertas coordenadas fisonómicas invariables— si la imagen en la documentación presentada se corresponde o no con la persona en cuestión. Algo similar sucede con su huella digital, aunque ya podemos situar aquí una importante diferencia, al menos si nos remitimos a la distinción establecida por Charles Sanders Peirce entre las distintas clases de signo. En el caso de la huella digital, bien podemos situarla como

paradigmática de un «signo indicial». La imagen fotográfica, por su parte —en tanto *representación* del sujeto—, plantea cierta dificultad clasificatoria: si bien esas invariables coordinadas fisonómicas pasarán a tener en términos semióticos el valor de un *ícono*, no deja de ser al mismo tiempo una *huella impresa* de nuestra apariencia, captada y registrada en la fugacidad de un instante a través de ese particular artificio que es la cámara —incluso en versión digital.

Respecto de los números del documento, inscriben al viajero en una serie en la que hay siempre algunos que le preceden y otros que vienen después, con los que se identifica a los miles de millones de personas asimismo numeradas en la población mundial. El documento de identidad o el pasaporte pasan a tener así —en términos de Peirce—, una configuración *remática*, en cuyos espacios vacíos se inscriben los datos singulares que permiten diferenciar a cada uno de los ciudadanos del mundo¹. Por último, su nombre, que sólo provisoriamente llamaremos *propio*. Apellido y nombres que en cierto sentido lo «humanizan», envolviendo esa imagen, esa huella y esa secuencia de números en el mismo paquete de *identidad*, que le habilita al lazo social. ¿Resulta suficiente? Parece que no. En un futuro no tan lejano, quizás se sume algún otro recurso tecnológico de mayor precisión, tal como anticipa *Gattaca, experimento genético* (1997), film promocionado con un inquietante subtítulo: «¿Puede la manipulación genética dominar el espíritu humano?». Pronto volveremos sobre el caso de *Vincent Freeman*, su protagonista.

En primer lugar, sin embargo, resulta oportuno examinar la crucial distinción entre identificación e identidad señalada desde el inicio del *Seminario IX* por Lacan: «si en psicoanálisis tenemos que hablar de identificación, es a causa de que no hay identidad»

¹ En la compleja arquitectura semiótica de Charles Sanders Peirce, el signo remático (o *rema*) es la unidad básica del pensamiento conceptual. Un *rema*, para su interpretante, es un signo de posibilidad, como un «espacio en blanco» o un predicado incompleto. En este caso, sólo tiene valor de verdad si la totalidad de la información que completa la página del pasaporte de cada *una* de las personas que se presentan en ventanilla con sus datos coinciden en representar al mismo «objeto» —esa persona—, permitiendo al agente de migraciones identificarla.

(Lacan, Seminario 9, 15/11/61). La identidad no es de por sí algo inherente al nacimiento biológico del ser humano; al igual que el lenguaje, no está incluida como parte de su equipamiento natural. Su encarnadura será más bien una operación que —al menos en el momento inicial— depende esencialmente del *Otro*.

Así, podemos situar ese momento mítico en que la *signatura* del recién nacido —aún no advenido como sujeto del lenguaje— es una operación a cargo de los adultos que le reciben. Tiene como propósito diferenciarlo de los demás, imprimiendo en él, simbólicamente, una primera marca: ha sido nombrado. Su aparato psíquico, a partir de ese trazo primero, se irá configurando en una compleja articulación de experiencias en las que, si todo va bien, pronto le permitirá ejercer el dominio motriz de su cuerpo y —como gran novedad entre los seres vivientes— el uso del lenguaje. Lo que incluye, ahora sí, participar activamente en los primeros pasos hacia la construcción de su propia identidad. Al cabo de un tiempo, podrá reconocer y pronunciar su nombre, en un movimiento de apropiación que implica, asimismo, distinguirlo del de los demás. Sin embargo, ese movimiento difícilmente esté liberado de contingencias y tensiones, abriéndose así un fuerte interrogante respecto del carácter logrado o meramente ficcional de tal apropiación o rechazo.

Sobre nombres *proprios* e *impropios*

Basta examinar algunos casos particulares para ilustrar las contingencias y tensiones que se pueden poner en juego en esa compleja relación del hablante-ser —como gusta llamarle Lacan— con su propio nombre. Podemos comenzar por uno de los más famosos, como es el caso de *Salvador Domingo Felipe Jacinto Dalí i Domènech*, nacido apenas nueve meses después de la muerte de su hermano mayor, *Salvador Galo Anselmo*. Según su propio relato, a la edad de cinco años los padres lo llevaron a la tumba de su hermano, diciéndole que «*él era su reencarnación*», idea que él mismo llegó a creer durante un tiempo. Más allá de esas creencias, y ciñéndonos aquí al tema que nos ocupa, podemos preguntarnos: ¿es posible

habitar el nombre de un muerto? Sería interesante conocer también la opinión al respecto de *Vincent Willem van Gogh*.

El caso de *René Karl Wilhelm Johann Josef María Rilke* tiene ciertos puntos en común, que giran en torno a la misma pregunta. Su madre no había podido superar la temprana muerte de su primera hija un año antes del nacimiento del poeta, vistiendo a *René* hasta los cinco años como una niña. Alejado ya de su familia, a los 21 años, *Rilke* cambia su nombre de pila, *René*—cuya traducción del francés sería «*Renacida*» o «*Renacido*»— por el que utilizará hasta el fin de sus días, *Rainer*. Hay sin embargo un sorprendente detalle adicional que no podemos soslayar, y es que de la larga lista de sus nombres de bautismo, sólo conservará uno: *María*. Nombre con perfume de mujer con el que conocemos al poeta y amigo de Freud, *Rainer Maria Rilke*.

En contrapunto con el caso de *Rilke*, podemos evocar el espontáneo relato autobiográfico de la compositora y performer argentina *Luciana María de Lourdes Kuhmichel*, en el marco de una entrevista en la que había sido invitada a presentar su última obra de danza-teatro: «*Colosa* trae algo de mi masculino y mi femenino. Nací mujer, bajo el deseo de un varón. Es maravilloso porque mi mamá pensó que yo era un varón, durante todo el embarazo me llamó Ramiro, me hablaba, se refería a su panza como Ramiro, mi chiquito. Mi mamá tiene un diario, que escribió durante su embarazo, algo del hijo varón que traía para ella protección. Das vuelta la hoja y aparece Luciana María de Lourdes... De “Ramiro”, pasé a ser todo eso». Al quedar embarazada, su madre no creyó necesario averiguar el género de quien habría de venir. Era tal su convicción sobre la llegada de un varón, que al momento del nacimiento sólo había elegido un nombre. Podemos cambiar así de pregunta: ¿cómo habitar el lugar del que tanto se espera, pero nunca llegó?

Se vislumbra también cierta conexión con la problemática de *Macbeth* (Shakespeare, 1606), el «*ser nombrado para...*», función del acto nominativo que sustituye al *Nombre del Padre*.

Siguiendo las referencias introducidas por Oscar Zelis, citando a Lacan: «se sustituye una función que no es otra cosa que la del nombrar para (nommer à). Ser nombrado para algo» (Lacan, *Aún*, clase del 19/3/74). Para esto puede bastar por sí sola la madre, por ejemplo. O más en general, puede ser lo social mismo, que tome un predominio de nudo» (Zelis, 2020). En el caso de *Ramiro*, en tanto varón, es nombrado —aunque nunca llegue— para proteger a la madre. Algo con lo que finalmente *Luciana María de Lourdes* ha tenido que vérselas también.

Desde el campo de la literatura, Ítalo Calvino nos obsequia en su novela *El caballero inexistente*² dos pintorescos personajes que parecen llevar esta problemática al extremo. Por un lado, *Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corventraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez*, incorpóreo habitante de una armadura vacía: «Dentro de la armadura blanca de iridiscente cimera no había nadie. A él no era posible descomponerlo en piezas ni desmembrarlo; en cada momento del día y de la noche, el caballero inexistente sólo se sostenía de su propio nombre. En el otro extremo, *Gurdulú*, el escudero que le fuera asignado personalmente a *Agilulfo* por Carlomagno: «Según los países que atraviesa y los ejércitos cristianos o infieles a los que va a la zaga —dice en la novela un sabio hortelano—, lo llaman Gurdulú, Homobó, Martinzul, Gudi-Ussuf o Ben-Va-Ussuf o Ben-Stambul, o Pestanzul o Berinzul o Martinbón u Homobón u Homobestia, o bien el Adefesio del Valle o Juan Payaso o Per Pachugo. Puede ocurrir que en una alquería perdida le den un nombre completamente distinto de los otros; también he observado que en todas partes sus nombres cambian de una estación a otra. Se diría que los nombres le corren por encima sin conseguir nunca engancharsele» (Calvino, 1959).

²El caballero inexistente es el tercer libro de la trilogía *Nuestros antepasados*, conformada además por las novelas *El vizconde demediado* (1952) y *El barón rampante* (1957).

Distinto es el caso de un analizante que llegó a consulta hace algunos años atrás, diciendo en la primera entrevista —casi a modo de presentación— que él era el trigésimo séptimo primogénito varón en la historia de su familia paterna en llevar el mismo nombre y apellido. En la apertura de lo que luego sería un fructífero trabajo de análisis, pasó a tomar un lugar central —al menos por un tiempo— una pregunta fuerte, retomada años después a propósito del nacimiento de su primer hijo: ¿es posible desengancharse de un nombre que por generaciones pasó a tener el valor de emblema familiar? Pues bien, hay a quienes el nombre parece que se les hubiera encarnado. A modo de ejemplo, podemos abrir un breve y simpático listado, confeccionado a partir de posts y publicaciones en redes sociales —incluso en la vía pública— de sus propios protagonistas: *Lucía Casas*, operadora inmobiliaria; *Emperatriz del Tránsito Medina*, licenciataria de una empresa de taxis; *María Teresa Panzitta*, especialista en obesidad; *Fernando Alberto Falsetti*, un vendedor de diarios que descubrió un algoritmo para falsificar tarjetas de créditos, realizando al menos 169 estafas; *Don Vicente Marchitto*, fundador de una tradicional casa de sepelios en la ciudad de Buenos Aires; *Norberto Garrote*, director de la «Especialización en Violencia Familiar» de la Universidad del Museo Social Argentino. Y sigue la lista...

El derecho a la identidad

Paul B. Preciado —cuyo nombre de bautismo es *Beatriz*— es un reconocido filósofo y activista queer. Entre otras ocupaciones, enseña historia política del cuerpo y teoría del género en la *New York University*. En una nota de su autoría, publicada el 27 de noviembre de 2016 en una página web radicada en Madrid, relata los desopilantes avatares jurídicos y administrativos con los que concluye la tramitación de su nueva identidad: «El 16 de noviembre de 2016, mi nuevo nombre Paul Beatriz Preciado es publicado en el Boletín Nacional de Nacimientos y en el periódico local de la ciudad de Burgos. Hacía meses que estábamos a la espera de una resolución legal. Pero ni el juez ni la administración se dignaron

a comunicarnos que la decisión se anunciaría a través de una publicación simultánea en el Boletín del Estado y en la prensa local. La primera en saberlo, antes que mi abogada, es mi madre. Como cada mañana, lee el periódico y encuentra ese nombre en la lista de nacimientos. Enloquece. Me envía una foto de la página impresa como quien envía un jeroglífico a un instituto especializado en descodificación. Me llama: “¿Qué es esto?”. Mi madre asiste de nuevo a mi nacimiento, de algún modo vuelve a parirme, esta vez como lectora. Da a luz a un hijo suyo que nace fuera de su cuerpo como texto escrito. Mi nombre, ese nombre que no era mío y que ahora lo es, está entre los nombres de los recién nacidos».

Retomando la problemática «nombre propio y sexuación» —introducida unas líneas atrás a propósito de *Rilke* y *Luciana María de Lourdes Kuhmichel*—, el caso de *Paul B. Preciado* nos permite dar un paso más, para examinar las novedosas coordenadas de la época. A propósito de ello, resulta oportuno introducir una interesante observación de Oscar Quiroga, en el marco de otra entrevista que tuvo lugar este año en el mismo programa radial: «A mí me interesa — en el sentido de que me interrogan las consecuencias— algo que me parece que se podría situar como cierto retiro en la función nominativa del *Otro*, que es algo propio de esta época. Nosotros vivimos en una época en la que parece que para nombrarse ya no es necesario el *Otro*. Históricamente la nominación es algo que viene del *Otro*, con lo cual cada quien hace lo que puede, en el medio se pelea, o no hace nada, pero la nominación viene del *Otro*. Y nosotros estamos en un momento —que no es hoy, es algo que empezó hace años y algunas de cuyas consecuencias ya se notan, y otras se notarán más adelante— que es que hay cierto retiro de la función nominativa del *Otro* escudada en una serie de ropajes ideológicos, como, por ejemplo: en nombre de la libertad. La libertad conllevaría el hecho de que a un niño no hay que condicionarlo» (Quiroga, 2023). En nuestro país, a partir de la promulgación, en mayo de 2012, de la *Ley 26.743*, el derecho a la identidad —derivado de la «*autopercepción*» experimentada, particularmente, en relación al propio *género*—, dejó de limitarse a ser

considerado meramente como un asunto psicológico, ideológico o religioso, pasando a ser parte de las políticas de estado en materia de protección de derechos.

El caso de *Luana*, por su precocidad, nos permite llevar esta problemática al extremo, y continúa siendo objeto de las más inquietantes polémicas y debates:

El 9 de octubre de 2013 Luana cambió el rumbo de la historia. De su historia y la de una comunidad: fue la primera nena *trans* del mundo en recibir un DNI de acuerdo a su identidad autopercebida con un trámite administrativo, sin recurrir a la Justicia. Tenía seis años.

Según el relato de su madre, Gabriela Mansilla —publicado en un conocido portal de noticias— en julio de 2007 dio a luz mellizos, a quienes de acuerdo con sus órganos genitales identificaron como varones, nombrándolos respectivamente *Manuel* y *Elías*:

A uno de ellos —prosigue la nota— le imaginaron un futuro como mecánico. Su hermano sería electricista y trabajarían juntos, luego de ir a la escuela técnica y tener muchas novias. Cunas celestes, pelota, autitos y la peli *Cars* ocuparon la habitación color verde mientras crecían en el útero, en reverencia a la idea de yunta mimética entre género y sexo (Fernández Camacho, 2021).

A los dos años, sin embargo, para sorpresa de todas y todos, *Manuel* parece haber decidido otra cosa:

— *Yo nena, yo princesa.*

A continuación, su mamá nos cuenta cómo se produjo ese «fatigoso tránsito» de *Manuel* a *Luana*: «A diferencia de su mellizo, no disfrutaba de jugar con trencitos, bailaba imitando los movimientos de la *Bella* de Disney con remerones que hacían de vestido y lloraba sin consuelo si le insistían con los “deberes de varón”. A los tres años comenzó a golpearse la cabeza contra la pared, a tirarse del pelo, morderse y rasguñarse, y nunca dormía de corrido a pesar de los antialérgicos recetados en busca de efectos somnolientos. La calma

tenía silueta de muñeca rosa». A los cuatro años recién cumplidos le dijo a su mamá: — *Soy nena, me llamo Luana y si no me decís así no te voy a hacer caso*. A partir de ese día no volvió a responder al nombre *Manuel*, solo se daba vuelta si la llamaban *Luana*. En términos de *Paracelso* (1493-1541), se convierte así en su propio *signator*, siendo ella misma la primera en pronunciar su nombre.

Lo que de la propia identidad permanece innombrable

En su pronunciamiento antes referido, *Paul B. Preciado* agrega algunas líneas que nos permiten aproximarnos —como diría Lacan— al hueso de lo *Real*: «Mi antiguo nombre no está entre los muertos, pero podría estarlo puesto que para legalizar mi cambio de sexo legal ha sido necesario destruir la partida de nacimiento hecha por mi padre, escrita y firmada el 11 de septiembre de 1970. Fue necesario destruir la ficción legal “Beatriz Preciado Ruiz” para inventar la ficción legal “Paul Beatriz Preciado”». Leyendo entre líneas, es posible inferir que en tanto «ficción», ni uno ni otro nombre llegan cabalmente a nombrarle, a abarcar por completo aquello en lo que sin embargo se sostiene, a pesar de todo, su propia identidad. Pero entonces: ¿cómo delimitar *qué nombra* el nombre propio? ¿Qué de su identidad quedaría por fuera de esos ficcionales actos nominativos?

Aquí resulta oportuno remitirnos a un breve pero fecundísimo pasaje del recorrido propuesto por Zelis, a partir del cual intentaremos dar una vuelta más a esta compleja problemática:

Peirce señalaba que el *signo-nombre-propio*, tiene la particularidad de llamar la atención del oyente hacia alguna *hecceity* común a éste y al hablante. Recordemos cómo la entendía: Por *hecceity*, quiero decir algún elemento de la existencia que, no solo por la semejanza entre sus apariciones diferentes, sino por una fuerza interna de la identidad, que se manifiesta en la continuidad de su aparición a lo largo del tiempo y el espacio, es diferente de todo lo demás, y por lo tanto es apto (como no

se puede de ninguna otra manera) para recibir un nombre propio. No se trata de propiedades o predicados que se mantendrían a lo largo del tiempo. Precisaba Peirce que el correlato de un nombre propio es un existente, cuya existencia “no consiste en ninguna cualidad, sino en sus efectos —en su actuar actual y ser actuado”; y se lo reconoce sopesando su insistencia»(Zelis, 2020). Cabe señalar, sin embargo, que —más allá del problema de la nominación— la *identidad* parecería tomar aquí el valor de lo indivisible de una insistencia.

Dejaremos entonces para otra oportunidad examinar lo relativo a la *división subjetiva* — tema que he tenido ocasión de abordar anteriormente, de manera preliminar, a propósito de la novela de Luis Stevenson: *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*— en su conexión con aquello que aquí nos ocupa: ¿cómo habría de nombrarse esa *otredad* que me habita? Respecto de *Vincent Freeman*, alcanza con señalar que, al menos en su caso, el alquiler de un nombre y los indicios de un cuerpo *otro*, resultó ser, paradójicamente, el único truco posible para salvaguardar, en tanto sujeto deseante, su propia identidad. En palabras de Cynthia Szewach: «Lo que permanece como innombrable, la zona de lo intransferible o intransferido, incluso en un sesgo, lo impronunciable y su particular intraducibilidad de una lengua a otra, están en convivencia con la operatoria que plantea el nombre» (Szewach, 2019).

Referencias

- Agamben, G. (2009). *Signatura rerum. Sobre el método*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo Editora.
- Fernández Camacho, M. (2021). *La conmovedora historia de Luana, la primera nena trans en el mundo en recibir un DNI de acuerdo a la identidad que percibe*. Nota publicada en el portal *Infobae* (Buenos Aires). Disponible en <https://www.infobae.com/sociedad/2021/08/15/la-conmovedora-historia-de-luana-la-primera-nena-trans-en-el-mundo-en-recibir-un-dni-de-acuerdo-a-la-identidad-que-percibe/>
- Freud, S. (1915). *Lo perecedero*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Kuhmichel, M. (2023). *Colosa*. Entrevista realizada en el programa radial Pulsión de Radio disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Q4VQ2ZcmqZg&t=6008s>
- Lacan, J. (1961/62). Seminario 9, *La identificación*. Inédito.
- Preciado, P. B. (2016). *La destrucción fue mi Beatriz*. Crónica publicada en el portal *El estado mental* (Madrid), disponible en <https://elstadomental.com/especiales/cambiar-de-voz/la-destruccion-fue-mi-beatriz>
- Púlice, G., Manson, F., & Zelis, O. (2019). *Investigación ◊ Psicoanálisis. Fundamentos epistémicos y metodológicos. De Sherlock Holmes, Dupin y Peirce a la experiencia freudiana*. México. El diván negro. Capítulo 2: «La lógica en Peirce».
- Púlice, G., Zelis, O. & Manson, F. (2007). *Investigar la subjetividad*. Buenos Aires. Letra Viva. Capítulo 2: «Delimitación del campo e incumbencias».
- Quiroga, O. (2019). *El nombre propio y la nominación*. Buenos Aires. Letra Viva.

Quiroga, O. (2023); *Psicoanálisis, escritura e investigación*. Entrevista realizada en el programa radial *Pulsión de Radio* (Buenos Aires), disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=VOzBeNhP7w&t=2116s>

Stevenson, R. (1886). *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Buenos Aires. Santillana.

Szewach, C. (2019). *Hojas encontradas*. Buenos Aires: Ediciones del Dock.

Zelis, O. (2020). *Sujeto y orden simbólico: aportes de Peirce para problemáticas de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Letra Viva. Capítulo 4: *La función del nombre propio*.